

Introducción al Apocalipsis

<http://www.uca.edu.ni/claret/db/biblioteca/>

Toda introducción al libro del Apocalipsis de Juan debe abordar antes el fenómeno de la profecía en Israel. La apocalíptica, como género literario generalizado, sólo apareció en Israel después de la profecía y sólo cuando la profecía alcanzó a caer en desprestigio casi total.

Si definimos la profecía como el acto de **hablar en nombre de Dios** y denunciar, **en nombre de Dios**, las injusticias, y anunciar, **en nombre de Dios**, lo que, dentro del proceso de la salvación, vendría a ocurrir al pueblo entero, nos daremos fácilmente cuenta de la permanente relación que el profetismo y la apocalíptica tenían como fenómenos religiosos y literarios.

Tres clases de profetas en Israel.

Como sabemos muy bien, hubo por lo menos tres clases de profetismo en Israel.

La primera clase es la que podemos llamar “profetas derviches”, éstos se caracterizaban por el frenesí extático, contagioso y creciente (ver, por ejemplo: 2 Re 9,11; Jer 29,26; Os 9,7). Tienen visiones y sueños (ver Núm.12,6 y 8). Se sienten poseídos por “**fuerzas o espíritus**”, no por la palabra de Dios. Tienen una preparación física inmediata antes de recibir cada revelación (danzan, oyen música, gritan, se hieren, etc.). Su mensaje se dirige a una persona determinada, no al pueblo en general.

La segunda es la que podríamos llamar “discípulos de profeta” o “hijos de profeta”. Se caracterizan por vivir en comunidades, dirigidos por un “maestro” o “padre” (por ejemplo, Eliseo. Ver 2 Re 4,38; 6,1.2.12.21;2,12). Residen junto a un santuario (ver 1 Sam.19,8 y ss.). Se señalan a sí mismos por medio de tatuajes (ver 1 Re 20,38 y 41; Zac.13,6; 1 Re 18,28). Viven según una especie de regla. Normalmente tenían vivienda y alimentación pobrísimas (2 Re 4,1-7). Tenían una fe intransigente en Yavé e independencia absoluta frente a la sociedad y economía.

La tercera la formaban los que conocemos como “profetas clásicos” o “de libro”. Se caracterizaban porque en ellos su vida, o sea lo narrativo o anecdótico, pasaba a un segundo plano. Se expresaban por escrito en forma de poesía hebrea y con el género literario conocido como “mensaje”. Se sienten a sí mismos **proclamadores de la palabra**, no como “poseídos” por espíritus o fuerzas. Se inspiran repentinamente, sin preparación técnica física inmediata ninguna. No transmiten un comunicado accidental o personal, sino un mensaje para todo el pueblo y permanente.

Verdaderos y falsos profetas.

Había profetas por montones, había profetas israelitas y fuera de Israel, había falsos profetas y verdaderos profetas. ¿Cuáles eran los criterios utilizables de discernimiento? La vida del profeta no era prueba. Si los que eran denunciados como falsos hubieran sido claramente viciosos, ilusos o mentirosos, no hubiera sido nada difícil desenmascararlos. Es más, los profetas verdaderos no facilitaban el discernimiento porque ante la mentalidad del pueblo ellos no eran ningún modelo de santidad popular.

Pongámoslo más difícil todavía. El profeta no es falso por decir algo objetivamente errado o que no se cumpliera; recordemos el caso de Jonás, o el de Jeremías y la invasión escita que nunca se produjo, o el de Isaías y su profecía de muerte al rey Ezequías. Ahora nosotros, a posteriori, sabemos muy bien quién era, de todos los profetas mencionados en la Biblia, verdadero o falso profeta. Pero ¿sabía Jeremías que Él era verdadero y que Jananías era falso? ¿Sabía Jananías que Él era falso profeta? (ver Jeremías 28). ¿Sabía el pueblo cuál de los dos era el verdadero y cuál el falso?

Criterios de discernimiento.

El profeta verdadero denuncia siempre la manipulación de Dios, manipulación que pretende domesticar al Absoluto, al inmanipulable, en el lenguaje que habla de El.

El profeta verdadero siempre denuncia la vaciedad en la que hayan caído los símbolos sagrados cuando dejan de ser puente o sólo medio de comunicación con el Dios verdadero.

El profeta verdadero denuncia siempre la confianza supersticiosa puesta en las instituciones: rey, Estado, templo, culto, Ley, riqueza, etc.

El profeta verdadero, y Éste podría ser el criterio más importante de discernimiento, está permanentemente des-instándose y des-instalando al pueblo, porque el verdadero profeta habla siempre en nombre del Dios de Abraham y Moisés, un Dios nómada. El profeta, si es un verdadero profeta, está incapacitado para instalarse aun en su conciencia de profeta

Los profetas clásicos o de libro tuvieron siempre un enorme interés en que jamás se les confundiera con los “profetas derviches” y, en un momento determinado, con que ni siquiera fueran llamados “profetas”.

Ser profeta en Israel.

Si solamente se trataba de conocer qué es lo que Dios quería anunciar a su pueblo como tal, no era nada difícil ser profeta en Israel. Bastaba con conocer el dinamismo interno de la historia de la salvación; es decir, bastaba con conocer el proceso normal de evolución de la historia de la salvación, proceso que repetía sistemáticamente cada uno de sus pasos. ¿Cuáles eran los pasos de ese proceso?

- a. Dios elige su pueblo y hace alianza con Él.
- b. El pueblo peca, siguiendo (dando culto) a otros dioses.
- c. El Señor abandona a su pueblo.
- d. El pueblo es castigado por mano de otros pueblos.
- e. El pueblo se arrepiente de su pecado y clama Dios.
- f. Dios redime, libera, a su pueblo.
- g. El pueblo renueva su alianza con Dios.

Bastaba, pues, saber en qué paso del proceso normal se encontraba en ese momento el pueblo para poder anunciar, en nombre de Dios, el siguiente paso y así profetizar el futuro. Cuando algún profeta se salía de este procedimiento y hacía una profecía puntual, normalmente se equivocaba (recordar el caso del gran Isaías y el rey Ezequías, en 2 Re 20, 1-11).

Profetismo y política.

¿De dónde hemos sacado nosotros que los profetas ni se metían ni deben meterse en política? Es verdad que los profetas no fundaban partidos políticos, pero todos ellos, casi sin excepción, se metieron en política continuamente. Más de una dinastía del reino del norte fue derribada por profetas verdaderos, por ejemplo. Si lo que Samuel hizo con Saúl, al consagrar como sustituto del trono a David, no es meterse en política, ya no hay nada que lo sea. Si lo que Jeremías hizo al aconsejar abiertamente al pueblo que no se opusiera a la invasión babilonia no era meterse en política, ¿qué es lo que llamamos política? Ni por gusto, ni por casualidad, los profetas vieron siempre, como signo de la llegada de los tiempos mesiánicos, la destrucción de las armas o su transformación en instrumentos de carácter agrícola (ver, por ejemplo, Is 9,4; 2,4; Mi 4,3), ¿a cuántos gobiernos o dueños de las industrias productoras de armas no les parecería política una profecía así actualmente?

El pueblo-pueblo y los profetas.

Si estudiamos a los profetas bíblicos nos daremos cuenta de que, por lo menos en cuanto a ellos, nada de “*vox populi vox Dei*”. Casi indefectiblemente el pueblo se fue siempre detrás de los falsos profetas. El pueblo-pueblo real, no el pueblo de los discursos demagógicos está siempre muy dispuesto a seguir a quienes le dicen lo que el pueblo quiere oír, a respaldar a quien le halaga los oídos con promesas mentirosas, pero gratas. El profeta verdadero dice la verdad, caiga quien caiga, aunque el que caiga sea Él mismo.

El desprestigio de la profecía.

Cuatrocientos años antes de Cristo la profecía se desprestigió casi totalmente. ¿Por qué?, porque cualquier desequilibrado se presentaba diciendo “a mí el Señor me dijo tal cosa”. Porque cualquiera, con buena voluntad desde luego, confundía los fenómenos de su psiquismo profundo con manifestaciones de Dios. De hecho, desde cuatrocientos años antes de Cristo, ser profeta pasó a ser sinónimo, entre el pueblo, de “loco”, y se hablaba, con toda naturalidad, de “babear” para decir que alguien profetizaba (ver, por ejemplo 2 Re 9,6-11; Jer 29,26, Os 9,7). Como burla, pues todo el mundo sabía que el rey Saúl había tenido raptos de locura, se llegó a decir, entre el pueblo, que ser profeta era tan fácil que “hasta Saúl profetizaba” (ver 1 Sam 10,11-12).

Ser “profeta” llegó a estar tan desprestigiado que ni los verdaderos profetas querían ser tenidos por tales (ver, por ejemplo, Amós 7,14). Los profetas verdaderos, los que de verdad eran llamados por Dios mismo a hablar autorizadamente en su nombre, rechazaban, en primera instancia, ese oficio (ver, por ejemplo, Ex 364,17; Jer.20,7-18; 1,4-10) y sólo lo ejercen como forzados por Dios y contra su propia voluntad (el caso más claro es el de Jeremías, toda su vida).

El desprestigio había llegado a tal extremo que, en el Evangelio, Juan Bautista rechaza ser tenido por profeta cuando ya el pueblo entero lo tenía por tal (ver Juan 1,19-27). Y Jesús mismo dice que en su tierra nadie es respetado por ser profeta (ver Mt 13,57 y Jn 7,52 lo consigna así) y que, más bien, quien se presentaba como profeta no era otra cosa que lobo rapaz (Mt 7,15).

Con el desprestigio casi completo de los profetas hace su aparición el género apocalíptico. La apocalíptica vino a llenar el hueco que dejó en la espiritualidad judía la desaparición de los profetas; ese vacío de autoridad lo llenaron los rabinos y los libros apocalípticos que, por cierto, jamás fueron aceptados por Éstos. Se convirtió la apocalíptica en un género literario más, como la poesía, los

himnos, las cartas, la legislación codificada, el mensaje profético, o la crónica histórica.

Los apocalipsis.

Los hubo de toda clase. Hubo apocalipsis judíos, tales como el libro de Enoc, o la asunción de Moisés, o el apocalipsis de Baruc, o los testamentos de los doce patriarcas, o algunas partes del libro de Ezequiel, y gran parte de Daniel; los manuscritos del Mar Muerto tienen varios libros o partes de género claramente apocalíptico.

Entre los cristianos aparecieron varios apocalipsis durante los primeros siglos de cristianismo. Por ejemplo: un apocalipsis de Pedro, otro de Santiago, otro de Juan (el único que ha sido recibido entre los libros canónicos de la Sagrada Escritura del Nuevo Testamento), un apocalipsis llamado “Odas de Salomón” y, desde luego, algunos trozos de los cuatro Evangelios canónicos (como Mt 24; Mc 13; Lc 21,5-33). Nosotros aquí vamos a hablar solamente del Apocalipsis de Juan, tal como lo tenemos como libro último de nuestra Sagradas Escrituras.

¿En qué consiste el Apocalipsis de Juan?

1. En el año 96 o un poco antes, en plena persecución de Domiciano, se escribe un libro como si hubiera sido escrito alrededor del año 68 (bajo la persecución de Nerón)
2. Se presenta todo lo ocurrido entre el año 68 y el año 96 como profecías hechas en el año 68,
3. Si todo lo profetizado desde el año 68 ha ocurrido, se dice, también ocurrirá lo que falta por cumplir: que Cristo acabará triunfando,
4. Es para dar esperanzas y fuerzas a los cristianos y comunidades perseguidas; no deben flaquear porque Cristo triunfará y el perseguidor desaparecerá.
5. Todo eso se dice en forma tal que sólo puedan entender el escrito los iniciados (por eso todos los símbolos usados y las imágenes empleadas para describir los hechos).

Como fue escrito en Época y lenguaje apocalípticos se atribuye el escrito a un autor antiguo y prestigioso (no se trata, recordemos el desprestigio de la profecía, de una profecía moderna, dice el autor).

Como fue escrito en plena persecución, los datos que se dan son para despistar a quien lo tome entre sus manos y no haya sido iniciado en el sentido verdadero. Por eso se dice que es de Juan, para despistar; no es de Juan el evangelista. Se dice en Él que fue escrito en Patmos; no fue escrito en Patmos. Se dice que fue escrito entre el año 68 y el año 70 por un tal “Juan el anciano”, pero se da esa fecha para despistar a los perseguidores (¿para qué iban ellos a buscar, en el año 96, a un autor que ya era un anciano en el año 68 y que, por lo tanto, ya estaría muerto en el momento de la persecución?).

¿Para cuándo son las revelaciones del Apocalipsis?

Todo lo que se dice en el Apocalipsis es para “pronto” respecto al momento en que fue escrito el libro (ver Ap 1,1-3; 22,6.7.10.12.20). En el Apocalipsis no hay ni una sola palabra acerca del año 2000, ni sobre el presidente de los Estados Unidos, ni sobre las computadoras, o tarjetas de crédito, ni sobre Rusia. **En todo el libro del Apocalipsis hay una sola profecía acerca del futuro: Cristo triunfará y nosotros con Él.**

Para el libro del Apocalipsis el fin de los tiempos no está delante, de forma que haya que intentar predecirlo o preverlo. Para el libro del Apocalipsis el fin de los tiempos (o sea: el tiempo último por definitivo, y definitivo por ser el tiempo último) ha llegado ya con el acontecimiento decisivo de la muerte-resurrección de Jesús. Para el libro del Apocalipsis Dios está ya aquí con nosotros, y la presencia de Dios entre nosotros la asegura Jesús y no el templo, el sacerdocio, o el sacrificio.

Tema del libro del Apocalipsis.

El Apocalipsis se escribió para hablar de Jesús, no de la Bestia o del Anticristo. Todo el libro del Apocalipsis es para hablar del triunfo definitivo y total del Cordero (la forma simbólica de referirse a Jesús en el Apocalipsis). El centro y esencia del libro es Cristo, no la Bestia. El centro y esencia del libro es la gracia, no el pecado. El centro y esencia del libro es la resurrección, no la muerte (ni la de Cristo ni la de nadie). El centro y esencia del libro es Cristo, no el diablo. El centro y esencia del libro es el Reino de Dios (en Cristo), no el infierno o la destrucción. Y lo más llamativo del Apocalipsis (en todo el Nuevo Testamento) es precisamente que **es Cristo Jesús quien en el Apocalipsis nos habla de Jesús el Cristo** (justamente para darle autoridad o fuerza al mensaje del libro, que sólo aparece unos 50 años después de la muerte y resurrección de Cristo).

En el Apocalipsis todo parte de la resurrección de Jesucristo. Si Jesús no hubiera resucitado, nos dice el Apocalipsis, nuestra fe sería una mentira y nosotros unos estúpidos (ver 1 Cor.15), pero Jesús ha resucitado. Todo, en el Apocalipsis, se proyecta y se anima en la esperanza de su “vuelta” gloriosa. El no es solamente “el que era” y “el que es”, sino que también, y, sobre todo, es “**el que vendrá**” (Ap 4,8;1,4); El es el “Omega” (Ap 22,13); El es “el último” (Ap 22,13); El es el fin de todo (Ap 22,13); El es aquel cuya “venida” imploran el Espíritu y la Esposa (Ap 22,17; 1,7-8). Toda esta acumulación de títulos para decirnos, lo más claramente posible, que el futuro, el verdadero futuro, el futuro definitivo, es de Jesucristo y sólo de El.

Contra lo que ocurre en los Evangelios, en el libro del Apocalipsis toda la atención del escritor está consagrada al acontecimiento decisivo de la vida de Jesús: su muerte y resurrección (lo que el Evangelio según San Juan llama “la hora”). Pero ¿creemos nosotros en la resurrección de Jesucristo? ¿Creemos de verdad en que El “vendrá” como Señor?, es decir: que la última palabra en la vida de los seres humanos y el universo todo la tiene Dios, no el dinero, o el poder, o la violencia, o la injusticia, o la muerte, o la ideología, o un partido político.

Esquema general del Apocalipsis.

El libro está dividido en dos grandes partes:

- Del capítulo 4 al 11 se revela “el Cordero”. Sólo el Cordero (Jesús mismo) puede abrir el libro sellado (ver Ap 5). Nada, pues, de revelaciones sobre el futuro traídas por nadie más; sólo Cristo puede revelarnos el futuro porque sólo El es dueño de ese futuro. Sólo Cristo, sólo el Cordero, puede iluminar todo el sentido del Antiguo testamento. Y se emplea la figura de un cordero para simbolizar que Cristo no viene a hacer daño a nadie, que El solamente puede dar vida, no tomarla o destruirla.
- Del capítulo 12 al 22 se revela el “hijo del hombre”, al hombre de Dios, al hombre en el que Dios reina plenamente, al hombre en quien se nos revela lo que es el Reino de Dios.

El Apocalipsis es puro Evangelio, pura buena nueva.

El Apocalipsis pretende ser pura buena noticia, puro Eu-angelion. El Apocalipsis es un gran libro de esperanza, ya que celebra la victoria definitiva del Cordero sobre la Bestia, la victoria definitiva de la vida sobre la muerte, la victoria definitiva del amor sobre el odio, sobre la violencia y la persecución (ver Ap5,12). El Apocalipsis tiene, como objetivo esencial, alentar a los creyentes en medio de sus pruebas e invitarles al ánimo, a perder el miedo, a mantenerse perseverantes. El Apocalipsis es, esencialmente, buena noticia esmaltada de bienaventuranzas y aleluyas (ver las 7 bienaventuranzas del Apocalipsis: Ap 1,3; 14,13; 16,15; 19,9; 20,6; 22,7; 22,14).

Para el Apocalipsis, porque es pura buena nueva, **el fin, lo definitivo, está en las manos de Dios**, no en las de los romanos, o en las del imperio, o en las del dinero, o de la violencia, o de la muerte, o del poder atómico, o de la injusticia, ¿no nos parece esto buena noticia? **Y, además, lo que Dios quiere es la salvación de la humanidad**. El mundo, el universo, va a ser transformado radicalmente hasta convertirse en un mundo nuevo, en un mundo renovado según las ideas de Dios. Y, así, en donde abundó el pecado va a sobreabundar la gracia (ver Apoc 7,9-17; Rom.5,20). El Edén o Paraíso, según el Apocalipsis, no se encuentra atrás, en el pasado, sino en el futuro; el Reino efectivo de Dios está delante, no atrás, o fuera, o paralelo (ver Ap 22,2-5; Gé.1-4).

El Apocalipsis es un libro litúrgico.

En él una comunidad alaba a Dios, el santo y omnipotente, y asocia a Cristo a esa alabanza. El pueblo, la comunidad que alaba a Dios por Cristo, es una comunidad de sacerdotes (ver Ap 1, 6; 5,10; 20,6). Igual que hay en Él siete bienaventuranzas, hay siete alabanzas: Ap 1,4-7; 5,9-10; 5,12; 5,13; 7,10; 11,15; 19,6-7. En la misma línea que la Carta a los Hebreos y la 1 Pedro (2,9), el Apocalipsis dice que Cristo es el único sacerdote y que, formando parte de su cuerpo, todos los miembros de la comunidad, cuerpo de Cristo, todos son ahora sacerdotes (ver Ap 5,10). Por ser el Apocalipsis un libro litúrgico, todo en Él ocurre en un solo día, que es, precisamente, un domingo, día de la resurrección de Cristo (ver Ap 1,10).

Detalles importantes que aclarar.

1. Como ya aclaramos antes, todo lo que se dice en el Apocalipsis es para “pronto” respecto al tiempo en el que el libro se escribió (o sea: para finales del siglo I después de Cristo). Para que no nos quepa la menor duda, el autor repite dos veces esto ya en los tres primeros versículos del libro y lo dice cinco veces en el capítulo final (ver Ap 22,6; 22,7; 22,10; 22,12; 22,20). Prueba, además, de esto mismo es que todos los apocalipsis judíos decían cosas que tenían que cumplirse en el momento en que se estaba publicando el libro y nunca hacían afirmaciones para futuros remotos en el tiempo; el Apocalipsis de Juan no es ninguna excepción en esto.
2. El que las iglesias a las que se dirigen las siete cartas al comienzo del libro sean sólo siete implica, precisamente por usar el número siete (siempre simbólico en la mentalidad judía), que la necesidad de crítica recaiga sobre **todas** las comunidades cristianas, y que **todas** esas críticas puedan dirigirse a cada una de las iglesias del mundo. Las expresiones usadas en esas cartas vienen a significar lo siguiente: sólo la Iglesia que pase bien por esos **siete** coladores es una
3. Iglesia **perfecta**, es una Iglesia como Cristo la quiere. El relato sigue un esquema bien claro: Las iglesias pares en esa numeración de siete (la segunda, la cuarta y la sexta) son alabadas; las

iglesias impares, y en orden creciente (la primera, la tercera, la quinta y la séptima) son calificadas como negativas. En este esquema, la Iglesia de Tiatira, de muy pequeño tamaño y de muy poca importancia en la historia de la Iglesia, es colocada en una posición de gran valor y en el lugar central de la evaluación hecha por el autor del Apocalipsis. No se llama a la Iglesia de Tiatira a la conversión y, más bien, se alaba su amor, su entereza, su fe, su entrega al servicio, su perseverancia y otras buenas obras. Es en la carta a la Iglesia de Tiatira en donde se da a Cristo el título más elevado para hablar de su divinidad (el título de “Hijo de Dios”, ver Ap 2,18), título que sólo vuelve a aparecer, aunque sea sólo implícitamente, al final de la carta (ver Ap 2,28).

4. Los números, como siempre en la Sagrada Escritura, son utilizados en el Apocalipsis con todo su sentido simbólico. Recordemos que, en la mentalidad judía, los números tienen valor de letras, como todas las letras tienen valor numérico. Por eso, se puede encontrar el valor numérico (la cifra) de cualquier nombre y, también, un número cualquiera puede ser expresado en letras y, por lo tanto, con un nombre.
 - En la mentalidad judía bíblica el siete es el número de Dios y, por eso, de lo que es perfecto. Lo que se hace siete veces está perfectamente hecho (la plata más pura, en Salmo 12,6, o las siete peticiones en el Padrenuestro que, de hecho, es la repetición septenaria de lo único que hay que pedir: que venga tu Reino)
 - El número doce significa, siempre, al pueblo entero (las doce tribus). Decir que se ha llamado a doce implica que se ha llamado al pueblo entero.
 - El número mil representaba, en Israel, lo incontable; como cuando decimos “eso te lo he dicho mil veces”.
 - El número tres, cuando se trata de tres y medio (la mitad de siete), es, desde el libro de Daniel, lo que duran los tiempos de cualquier tipo de persecución (por ejemplo, en Lc 4,25, o en Sant5,17). Esos tres tiempos y medio aparecen como tres meses y medio, como tres años y medio, como 42 meses, como 1260 días, etc. Aluden siempre a hechos históricos que ellos, los redactores, hubieran experimentado. Por ejemplo: Nerón desapareció de Roma por tres meses y medio y, luego, reapareció para hacer matar a quienes se habían alegrado de su desaparición.
 - El número seis (no consigue nunca ser siete) es empleado siempre que se quiere aludir a alguien que pretendía ser considerado como Dios, sin serlo.
 - El número cuatro es usado siempre que se quiere aludir a lo que tiene que ver con el universo entero, por lo que tiene que ver con las cuatro direcciones del cosmos.
 - El número diez se usa para todo lo que puede ser contado, pero se acaba y debe ser aprendido de memoria (desde luego, tiene que ver con lo que puede enumerarse con los dedos de las manos).
 - Más adelante hablaremos de dos números bien importantes: el 666 y el número de los 144.000 salvados.
5. El Apocalipsis, como todos los libros escritos con género literario apocalíptico, es un libro escrito durante una persecución contra gente de mentalidad judía, por eso está lleno de símbolos. Esos símbolos eran claramente comprensibles sólo para el judío iniciado en los “misterios” cristianos. ¿Qué podía revelar a un soldado romano la expresión “el cordero triunfará sobre la bestia”? Pero un cristiano, que hubiera participado en las reuniones

clandestinas de la comunidad, entendía perfectamente que lo que se quería decir era que Cristo acabaría triunfando sobre el imperio romano y su representante oficial, el emperador. Precisamente porque el Apocalipsis tenía un sentido político bien fuerte hablaba con expresiones simbólicas continuas. Y así lo habían hecho siempre todos los libros apocalípticos judíos. En el Apocalipsis se trata de describir lo indescriptible y, para eso, se usan imágenes ya utilizadas por el pueblo judío y otras imágenes conocidas usadas por paganos, pero con un sentido nuevo, con un sentido cristiano. Las imágenes del Apocalipsis eran perfectamente comprensibles para judíos que habían leído los libros de Jeremías, Ezequiel, Daniel, Joel, o Isaías. Para describir lo indescriptible se usan hasta símbolos de la astrología o de la mitología pagana.

6. Todas las apariciones que se relatan en el Apocalipsis tienen exactamente el mismo sentido que tiene toda aparición en el Nuevo Testamento: justificar y autorizar una misión o apostolado de alguien. La aparición bíblica nunca tiene sentido en sí misma, sino que, siempre, funcional. Por eso, en todas esas apariciones el relator no le da importancia al cómo, sino al para qué de la aparición (contra todo nuestro sensacionalismo y milagrismo actual)
7. Observemos que, en el Apocalipsis, siempre se dice que Cristo viene, no que nosotros tengamos que irnos a ningún lado. No se dice que nosotros vayamos al cielo, sino que el cielo (o sea “Dios”) tiene que venir aquí. Es este mundo, dice el Apocalipsis, el que tiene que convertirse plenamente en el Reino de Dios, en un mundo como Dios lo quiere, en un mundo en el que reine visiblemente el amor (Dios), no el dinero, o el poder, o la muerte, o la injusticia, o la enfermedad, o el dolor. “El viene” significa lo mismo que “venga a nosotros tu Reino” o la jaculatoria continua de los lectores de Apocalipsis: “*Maranatha*”: ven, Señor.
8. Observemos, también, la repetición de la expresión “no temas” al comienzo de las revelaciones (en Ap 1,17). Toda manifestación-revelación de Dios (o sea: toda “teofanía”) empieza por quitar el temor. Y así sucede en el Evangelio cada vez que hay una revelación- manifestación de Dios (ver Mt 1,20; 14,27; 17,7; 28,5; Mc 4,40; 6,50; 16,6; Lc.1,13; 1,30; 2,10; Jn.6,20). Si algo revela en Nuevo Testamento es la cercanía de Dios a nosotros por la encarnación, y que esa cercanía es salvadora; si Dios se acerca al hombre es para salvarlo, es por amor. Si Dios es amor, y el amor expulsa el temor (ver 1 Jn 4,18), toda manifestación de Dios da la paz y quita el temor.
9. Marcar con un sello o tatuar sobre la piel el nombre de un dueño era cosa bien común en la Época en que se escribió el Apocalipsis. Entre los cristianos se llamaba “marcar con el sello” al hecho de hacer la señal de la cruz sobre la frente del catecúmeno el día de su bautismo-confirmación. También se llamaba “el sello” al Espíritu Santo que venía sobre el cristiano y lo poseía para siempre en el momento de su bautismo-confirmación. Como contraposición se dice, en el Apocalipsis, que hay gente que, en vez de llevar la señal o sello de Cristo, lleva el sello de la Bestia, pues pertenecen a ella y a ella sirven; en vez de pertenecer al Reino de Dios, se enorgullecen de pertenecer al reino de la Bestia, al imperio romano, y sirven precisamente a quien persigue a Cristo y a sus servidores (ver Ap 7,2-17; 9,4; 13,16-18).
10. Para quien está al tanto de lo que significan las imágenes y símbolos del Apocalipsis, el número de 144.000 salvados (ver Ap 14,1-5; 7,2-17) no puede ser más claro. Se trata de doce por doce por mil, es decir: el pueblo entero, de todos los pueblos de la tierra, hasta hacerse una multitud incontable. Y eso es, exactamente, lo que se dice en el mismo lugar en el que se menciona a esos 144.000 (ver Ap 7,4-9; 19,1 y 6;20,4;13,7 y 16). No se trata, pues, de un número matemático exacto, no es 143.999 +1, sino, en números-símbolos, típicos de este libro, de una

multitud incontable de todo pueblo, raza, nación, de toda edad y de toda condición social.

11. El Apocalipsis es, desde luego, un libro político. A eso precisamente se debe que en Él se usen tantos símbolos e imágenes. Para que sólo entendiera su sentido claro el cristiano iniciado y no cualquier soldado romano que echara mano al libro. Los romanos eran absolutamente intransigentes con quien cuestionara de alguna manera el poder del emperador o el poder del imperio romano. Eso, exactamente eso, es lo que se hace en el Apocalipsis. Quien alaba al Cordero que reina para siempre no es amigo del César (ver Jn 19,12-15). El Apocalipsis afirma que todo quedará transformado, que nada en el universo se sustrae o puede sustraerse al poder de Cristo. Hasta las estructuras más físicas del universo quedarán trastocadas por el reinado efectivo de Cristo. Si para alguien es claro que no se puede servir a dos señores es para el autor del Apocalipsis (ver Mt 6,24; Lc 16,13). Según el libro del Apocalipsis, Roma, y con ella el imperio romano entero, debe caer y caerá (ver Ap17 y 18). Para que no nos quepa la menor duda de lo que pensaba el autor sobre Roma, capital del imperio, le llama (sesenta años después de la muerte y resurrección de Cristo, y treinta años después de la muerte de Pedro y Pablo en ella) la gran prostituta, la que ha hecho multiplicarse por toda la Tierra las abominaciones, la Babilonia que debe ser destruida. ¡Claro que el Apocalipsis es un libro con sentido político! En el nombre del libro del Apocalipsis no se puede, legítimamente, pedir a un cristiano que se mantenga ajeno a la política, porque el Apocalipsis no sólo tenía sentido político cuando se escribió, sino que sigue teniéndolo en el presente.
12. La Bestia aparece muchas veces en el libro del Apocalipsis (ver Ap 11,7; todo el cap.13; 14,9-11;16, 2.10.13; 17,3; 19,19-20). La imagen de la Bestia está tomada del libro de Daniel,7. Lo que en el libro de Daniel se dice sobre las cuatro bestias se ha resumido en el Apocalipsis en una sola Bestia, que es Roma, el imperio romano, y su representante oficial el emperador de ese imperio. Todo el Apocalipsis trata, de hecho, de una lucha entre la Bestia y Cristo y cómo la Bestia queda totalmente vencida por Cristo. Una vez más, es Cristo quien ahora tiene todo el poder en el universo (Mt 28,18; Filip.2, 9-11) y es Cristo quien terminará venciendo a quien se le oponga. Por fuerte que parezca el imperio o el emperador, dice el autor del Apocalipsis, por débil que parezcan Cristo (un Cordero) o los cristianos, Cristo acabará triunfando y los cristianos con Él. Justamente, por el contenido político de una afirmación así, los cristianos de los primeros siglos tenían que usar símbolos para decirla, símbolos sólo comprensibles para el cristiano iniciado de ese tiempo.
13. La mujer vestida de sol (Ap 11,15-19) es, en el campo del bien, lo que la mujer vestida de rojo escarlata en el campo del mal. La mujer vestida de escarlata es la ciudad de Roma, con todo lo que ella representaba en el imperio romano. Así, la mujer vestida de sol representa a la Iglesia, pueblo de Dios, de hecho, el grupo fiel de judíos que, en la Época de Domiciano y su persecución, se había hecho cristiano y se mantenía fiel a Cristo. Esa mujer vestida de sol (aunque haya servido de símbolo de María en la fiesta litúrgica de la asunción, no es, en el Apocalipsis, la santísima Virgen María, porque esta mujer vestida de sol, como Eva por su pecado, da a luz con dolor (ver Ap 12,2).
14. En la mentalidad judía se había hecho tradición igualar la idolatría con una prostitución (ver Oseas 1,2; Ez.16;20,30; 23) y la fidelidad absoluta a Yavé con virginidad (ver Ap 19,9;21,2; 2 Cor.11,2); de allí esas vírgenes vestidos de blanco (Ap14,4). La virginidad de la que se habla en el Apocalipsis no tiene nada que ver con virginidad física alguna, sino que es solamente una imagen (¡una imagen más!) para hablar de la virginidad teológica: la fidelidad absoluta al Cordero (Cristo).

15. ¡De una vez para siempre!: el Apocalipsis no menciona ni una sola vez a nadie con el nombre de “anticristo”. En donde encontraremos el nombre de “anticristo” es en las cartas de san Juan (1 Jn 2,18.22; 4,3; 2 Jn 7). Y, por cierto, para Juan, anticristo es todo aquel que se opone a la doctrina de Cristo Jesús. No hay, según Juan, **un** anticristo, sino muchos, todo aquel que, en cualquier Época, se oponga a Cristo.
16. Hablemos del número de la Bestia (el 666 o el 616). Recordemos que en hebreo toda letra tiene valor numérico, y todo número tiene valor de letra. En numerosas versiones originales del Apocalipsis aparece, en vez del número 666, el número 616. En hebreo, la expresión “Nerón-César” suma 666 puntos. En letras griegas, la expresión “César-Dios” suma 616 puntos. Una vez más, en el momento en que se escribió el Apocalipsis, se trató de representar, esta vez por los signos de los números, algo político-teológico en relación con Cristo, el emperador de Roma, y los cristianos de esa Época.
17. La expresión “nuevos cielos” y “nueva Tierra” (Ap 21,1) no significó nunca que la Tierra o el universo fueran a ser destruidos, sino renovados. El Apocalipsis no hace sino utilizar una imagen de Isaías (51,16; 65,17; 66,22) para explicar la renovación que conllevará el reinado del Mesías. Y así lo usa San Pablo (Rom.8,18-19). El Nuevo Adán no es un hombre distinto que haya aparecido por destrucción del hombre antiguo, sino el hombre, el mismo hombre, pero totalmente renovado, gracias a Cristo.

Nota final

El Apocalipsis es un libro escrito para animar, para dar esperanza, para fortalecer al cristiano. Nada en Él ha sido escrito para asustar, para amenazar, o para revelar algo sobre la historia como ciencia. En Él no hay ni una sola palabra que hubiera sido escrita para hablar del año dos mil del nacimiento de Jesús (que, por cierto, ya pasó hace ratos). Para el Apocalipsis, como para todo el Evangelio, el Reino de Dios ya está aquí, entre nosotros, y aquí debe producir su fruto; lo sembrado por Dios debe llegar aquí a cosecha plena. Los cristianos somos los únicos que sabemos, por fe, que el universo no acabará en una hecatombe de ninguna clase, sino en el triunfo definitivo, total, absoluto, y evidente, de Cristo, en lo que llamamos, y el Evangelio llama, el “Reino de Dios”.

Alejandro von Rehnitz